

■ Luis Carlos Medina Rodríguez ■

**Segregación, persecución  
y enfermedades en la  
Baja Edad Media**



Luis Carlos Medina Rodríguez

## Segregación, persecución y enfermedades en la Baja Edad Media

*"Guárdate de la amistad de un loco, de un judío o de un leproso". Inscripción de la puerta del cementerio de los Santos Inocentes de París<sup>1</sup>.*



El tema de este artículo no es una enfermedad física en sí, sino las geografías imaginarias que recibieron los nombres de "lepra" o "peste" en la Baja Edad Media<sup>2</sup>. En la primera parte, se describe la geografía imaginaria de la lepra, la enfermedad sagrada y del alma, y las formas de curación a través de la segregación y la persecución de los leprosos. En la segunda parte, se describe la geografía imaginaria de la peste o Muerte Negra, la crisis social que provocó y la oleada de persecuciones dirigida contra los judíos. En la tercera parte, se establece la relación entre huida, enfermedad y fundación a propósito de la expedición de Gonzalo Jiménez de Quezada por el Río Magdalena.

Una aclaración necesaria: la historia de las persecuciones no termina con la Edad Media, sino que continúa en la época moderna; los progromos se extienden a la historia reciente de las guerras mundiales, a los conflictos contemporáneos en los Balcanes, o a la oleada de desplazamientos en nuestro país. Además de una disertación sobre acontecimientos pasados, este artículo pretende sensibilizar a la comunidad universitaria sobre los crímenes de lesa humanidad. Por lo tanto, es un llamado a recuperar una memoria justa para que la Historia no sea "el tiempo de los asesinos".

<sup>1</sup> Tomado de Carlo Ginzburg, *Historia nocturna. Las raíces antropológicas del relato*. Barcelona: Península, 2003. Pág. 91.

<sup>2</sup> Parfraseo en esta introducción a Susan Sontag en *La enfermedad y sus metáforas, quien trata las metáforas de la tuberculosis y el cáncer en la época contemporánea*. Barcelona: Muchnik, 1983.

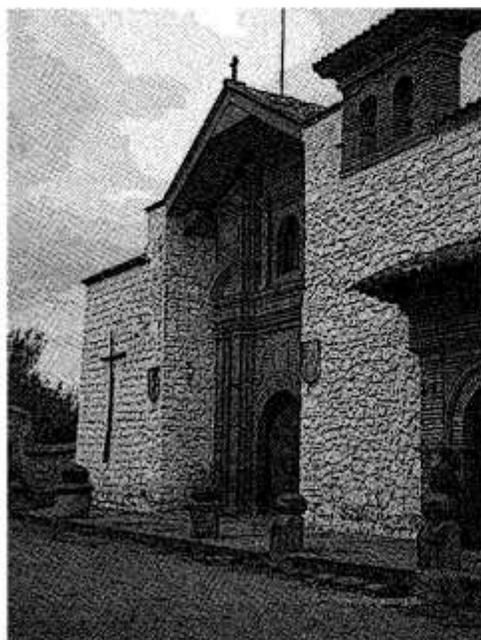
## I. La lepra

La geografía imaginaria de la lepra en el Occidente medieval estaba conformada por una trama de discursos religiosos, morales, políticos, estéticos y científicos.

A partir de fuentes religiosas, la lepra era concebida como una manifestación sagrada de orden negativo; el leproso era viva alegoría del pecador ejemplar; que había merecido como castigo la marca infamante de la enfermedad en su alma y en su cuerpo.

De la valoración religiosa de la lepra como enfermedad del alma, surgía un discurso moral que sancionaba al leproso como el enemigo maléfico que debía evitarse y combatirse, porque su contacto atraería los miasmas de la corrupción del pecado hacia el cuerpo y el alma de la comunidad cristiana.

La ideología religiosa y moral que sancionaba con sus discursos al leproso, se complementaba con el poder político y punitivo de los señores



y reyes feudales, quienes se encargaban de administrar las empresas de segregación y persecución con sus actos militares o jurídicos.

En el discurso estético el leproso tenía la representación de una figura adversa, maléfica y abominable que causaba repulsión y desagrado, horror y asco, ante sus aspectos asquerosos y mortecinos; como figura negativa, el leproso era la negación de lo bello y la alegoría de la fealdad corporal, donde la vida se consumía en el aniquilamiento criminal, fantasmal y diabólico.

La naturaleza negativa del leproso se complementaba con una retórica de la "verdad" sobre la lepra de los discursos científicos; ante los enemigos invisibles que causaban la mortandad y la corrupción de los cuerpos para luego invadir las almas, el discurso científico se dedicó a desvelar los verdaderos rostros de la Malignidad en las enfermedades. Este discurso científico, basado en "verdades" sobre los miasmas y los contactos como fuentes originarias de la lepra, presentaba al leproso como emblema del cuerpo corrupto: olores fétidos, emanaciones nauseabundas, deyecciones peligrosas o fermentaciones invasoras. El olfato sano debía cuidarse en fermentación en los cementerios; la mirada sana debía protegerse de las irradiaciones de los ojos de los enfermos; la prohibición sobre el comercio de miradas se extendía al comercio de palabras para impedir que entraran por las bocas sanas las emanaciones de los alientos fétidos de los leprosos; un cristiano debía negarse a compartir su cama y su vida erótica con un leproso, porque el líquido seminal ocultaba la enfermedad. Por prescripciones de orden científico la persona sana debía evitar el contacto del cuerpo infectado, impuro y corrupto.

Los diferentes discursos y creencias sobre la lepra en el Occidente medieval transformaban al leproso en un ser espantoso que llevaba la marca infamante del pecador. Tan grande había sido la falta cometida, que el alma del leproso emanaba putrefacción a través de la carne. El miedo ritual y sagrado ante la cercanía del leproso como pecador ejemplar, se complementaba con el temor al contacto, porque la peste era considerada

como una enfermedad altamente contagiosa e impura, que podía transmitirse mediante el trato físico con el enfermo al compartir una comida y la bebida, o mediante las relaciones sexuales y comunicativas.

El temor al contacto se transformaba en prohibición de convivencia y en política de segregación. En la historia de los imaginarios sobre la lepra en la Edad Media, se pueden distinguir dos momentos cruciales: antes del siglo X, los leprosos fueron objeto de segregación; durante y después de los siglos XI y XII, cuando la lepra se encuentra en pleno apogeo, además de la segregación, los leprosos fueron motivo de persecución y encierro.

**1.1. Los tiempos de la exclusión.** La revolución corporal ligada al triunfo del cristianismo en Occidente, tuvo como consecuencia la condena del cuerpo. Transformada la encarnación de Dios en humillación, el cuerpo, en la criatura del hombre, se concibió como degradación y caída, ergástulo, velo de porquerías o saco de estiércol; menos que polvo, el cuerpo es podredumbre y putrefacción, y su camino es camino de decrepitud y consunción<sup>3</sup>. Es por el cuerpo, débil y vulnerable, donde entra primero el Demonio para ejercer después su dominio sobre el alma. Será, entonces, a través de las taras o las enfermedades del cuerpo que el pecado, la muerte y el Mal, expresarán su triunfo definitivo en un individuo o en una comunidad cristiana.

En el Occidente medieval la enfermedad por excelencia es la lepra. Como geografía imaginaria la lepra tuvo connotaciones sagradas, pero de carácter negativo e inverso. Su exaltación inversa se manifiesta en la figura del leproso, considerado un emblema de corrupción espiritual, inmoralidad e impureza. A diferencia de las plagas, como las que se describían en las fuentes bíblicas, la lepra representaba un castigo individual por algún pecado cometido. La lepra era la expresión

de la corrupción y caída del alma en el pecado, visibles en un cuerpo en estado de putrefacción. Asociada la lepra al pecado de envidia, lujuria, simonía o soberbia, el apestando era visto como un ser que había convertido su cuerpo en receptáculo de vicios y tentaciones. Como no había podido dominar su cuerpo, éste había quedado marcado con la infamia de su pecado; como castigo, el leproso arrastraría su cuerpo contaminado, invadido de máculas y miasmas. Lleno de llagas, el cuerpo del leproso era el compañero desgraciado, culpable de las caídas y las humillaciones, que sólo merecía la mortificación en su sentido literal, como muerte en medio del sufrimiento. En el leproso, "la soledad de la carne" crece y se hace total con el más profundo desprecio de los que temen su contagio y contacto<sup>4</sup>.

El leproso era el elegido, pero de orden inverso y demoníaco. En las escamas de su cuerpo pútrido, el enfermo llevaba el sello y la marca imborrable de su pecado. Como espejo de su alma, el cuerpo mostraba los estigmas de una enfermedad que, como el pecado y el Mal, corrompía, invadía y vencía; así como el pecado contaminaba el alma y el corazón, la lepra contaminaba con su olor pútrido al cuerpo. El leproso no podría recuperar su antiguo rostro de hombre, como tampoco su alma recuperaría el estado de inocencia y esperanza. El cuerpo, como el rostro, estaba marcado para siempre por las pústulas de una enfermedad incurable e intratable; demonio de sí mismo, el leproso llevaba para siempre la marca infamante en su cuerpo. El apestando ya no volvería a ver su rostro limpio y sin máculas, como tampoco podría volver su mirada hacia su alma, porque sentiría vergüenza y horror por el pecado cometido.

Por su pecado e impureza el leproso era objeto de la segregación material y ritual de la comunidad de los fieles. El leproso era el maldito, el que sufría el escarnio y al que todos le gritaban en los caminos o en las calles de la ciudad: "Impuro, impuro". Y para que no pudiera ocultar las llagas de su cuerpo ni las pústulas de su rostro, debía llevar "los vestidos rasgados y desgredada la cabeza", y debía habitar "solo", abandonando la morada de los hombres. También se le obligaba a llevar un cencerro atado al cuello o a tocar una matraca

*de madera, que servían de aviso*

3 La belleza del cuerpo, como el de una mujer; dice un abad de Cluny en la Edad Media, está hecha de "moco, sangre, líquido y hiel. Si uno piensa en lo que está dentro de las narices, en la garganta o en el vientre, encuentra sólo porquería. Y dado que no soportamos tocar ni siquiera con la punta del dedo el moco o el estiércol, ¿por qué debemos abrazar un saco de estiércol?" En: Fumagalli, Vito, Cuando el cielo se oscurece, La vida en la Edad Media. Capítulo La belleza del cuerpo. Madrid: Nerea, 1998, pág. 68.

Un monje cisterciense del siglo XII, dice en un poema:

"Un cuerpo bien nutrido, una carne delicada no es más que una camisa de gusanos y de fuego [los gusanos del cementerio y el fuego del infierno]

El cuerpo es vil, maloliente y está mancillado.

La alegría de la carne está envenenada y corrompe nuestra naturaleza". En: Le Goff, Jacques. Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval. Capítulo III, Algunas observaciones sobre cuerpo e ideología en el Occidente medieval. Barcelona: Gedisa, 1991, Pág. 41.

4 Fumagalli, Vito. Soledad carnis. El cuerpo en la Edad Media. Madrid: Nerea, 1990. Pág. 46.

de madera, que servían de aviso sobre su presencia nefanda en los caminos. Como señal de reconocimiento, el leproso debía vestir una capa gris, una capucha escarlata, o una vestimenta con distintivo rojo en el pecho o en la espalda. Como los perros atacados por la sarna, el leproso era apartado a una distancia sagrada de todas las cosas de los hombres, porque se temía su contagio: la depravación moral y sexual, el veneno que despedía por su líquido seminal o por su boca infecta por donde emergía una voz ronca, las influencias malignas de su alma condenada, las emanaciones de su cuerpo contaminado, sucio y macilento.

El leproso era el excluido, el marcado, el que había sellado el camino para no retornar a la comunidad, el que no podría volver su rostro hacia la ciudad de los hombres, que lo han expulsado para librarse de su figura temible y persistente. Al expulsarlo, la ciudad se purificaba y se salvaba de las tentaciones del pecado, como se expulsa el demonio de un cuerpo maldito. Mediante la expulsión del enfermo, la ciudad profana y sagrada parecía apartar la enfermedad y el Mal, los miasmas y lo impuro, que habían vencido el alma y la carne de un hombre. El destino del leproso era la expulsión y el exilio, como lo señala un edicto del siglo VI:

"Si alguien es afligido por la lepra y la verdad del asunto es reconocida por el juez o por el pueblo, y el leproso es expulsado de la civitas o de la casa, de manera que viva solo, no tendrá derecho a alienar su propiedad o dársela a alguien porque desde el día en que es expulsado del hogar es como si hubiera muerto"<sup>5</sup>.

La separación de la casa, el exilio de la ciudad, la pérdida de propiedades o de herencia, convertían al leproso en un ser que moría para la comunidad de los hombres. En algunas

provincias de España y Francia, se llevaba a cabo la siguiente ceremonia que declaraba muerto al leproso: éste debía descender a una tumba con la cabeza cubierta con un manto negro, como señal de su oprobio, mientras un sacerdote dirigía una misa de purificación. Como parte de la liturgia, el sacerdote arrojaba unas paladas de tierra sobre la cabeza del leproso, indicando con ello que el enfermo había muerto para el mundo. Después leía una serie de prohibiciones que han quedado consignadas en una ordenanza del siglo IX:

"Te prohibo entrar a la iglesia o monasterio, feria, molino, plaza de mercado, o estar en compañía de otras personas. Te prohibo salir de tu casa sin tu traje de leproso, para que uno te reconozca, y que vayas descalzo. Te prohibo lavar tus manos o lavar algo tuyo en el riachuelo o en la fuente, y nunca beber; y si deseas agua para tomar, recógela en tu cuba o tazón. Te prohibo entrar a una taberna. Si quieres vino, ya sea que lo compres o te lo regalen, haz que lo viertan en tu cuba. Te prohibo, cuando vayas por el camino y encuentres a alguien que te habla, dejar de ponerte a favor del viento antes de contestar. Te prohibo ir en fila apretada, de tal manera que si encontrases a alguien, él no pueda contagiarse de la aflicción que tienes. Te prohibo, si vas por una vía pública, tocar un aljibe o el cordel, a menos que te hayas puesto los guantes. Te prohibo comer o beber de otros platos diferentes a los tuyos. Te prohibo beber o comer en compañía, a menos que sean leprosos"<sup>6</sup>.

La separación de la ciudad de los hombres, también significaba la separación de los leprosos de la comunidad de la iglesia. En su situación liminar, además de perder los derechos de propiedad o de herencia, el enfermo de lepra aparecía como un excomulgado. Su exilio al bosque, al desierto o, más tarde, a las leproserías o lazaretos, más allá de los muros de la ciudad, significaba también su expulsión de la ciudad cristiana, puesto que sus prohibiciones no sólo tenían que ver con las participaciones en la vida secular y profana, como el comercio o el cultivo, sino con su participación en la vida sagrada, como la misa o ser enterrado en tierra de cristianos.

<sup>5</sup> Obregón Torres, Diana. Batallas contra la lepra: Estado, Medicina y Ciencia en Colombia. Medellín: Eafit y Banco de la República, 2002. Pág. 58.

<sup>6</sup> Ibid. Pág. 47.

Segregado de "la ciudad de la Iglesia" y de los hombres, el enfermo de lepra, con la marca indeleble en su cuerpo y en su alma, era expulsado a los bosques o a los desiertos, donde construía una ciudad, pero una ciudad maldita y maldecida, en medio de bestias y otros parias, como vagabundos, prostitutas o locos. Esa ciudad, hecha de chozas o cuevas excavadas por generaciones de leprosos, en tierras inhabitables y estériles, era el refugio y el asilo; ciudad maldita y miserable que debía guardar una distancia sagrada de la otra ciudad, la de los vivos y los sanos. Ciudad que miraba a la ciudad maldita y miserable de los leprosos con sospecha. En tiempos de calamidad, con la llegada de hambrunas o pestilencias, los leprosos se convertían en objeto de sospecha hasta convertirse en los chivos expiatorios. Suceda entonces que los leprosos eran perseguidos y sus ciudades entregadas al fuego y a la ceniza; sin necesidad de procesos judiciales, eran acusados de los males sufridos por la comunidad cristiana, y se les torturaba, enterraba o quemaba vivos hasta ser exterminados. O eran mirados de manera excepcional con piedad, como sucedió con San Francisco de Asís, que se curaba y vivía entre ellos.

Signo de cólera divina, la peste debía considerarla el leproso como una bendición. Con la vía purgativa de su enfermedad, el leproso podía esperar; después de su muerte, una señal de salvación, como lo dice el ritual de una iglesia francesa: "Amigo mío... le place a Nuestro Señor que hayas sido infectado con esta enfermedad, y te hace Nuestro Señor una gran gracia, al quererte castigar por los males que has hecho en este mundo"<sup>7</sup>. El leproso podía purificar su pecado en la soledad aterradora del bosque y el desierto, mediante la mortificación de su cuerpo y la "gracia" de su segregación. Era posible, entonces, que su abandono y exclusión pudieran convertirse en el signo de salvación escatológica, como lo

indica un ritual de una iglesia vienesa del siglo XIII: "Porque tengas paciencia en tu enfermedad; pues Nuestro Señor no te desprecia por tu enfermedad, ni te aparta de su compañía; pues si tienes paciencia te salvarás, como el ladrón que murió delante de la casa del nuevo rico y que fue llevado derecho al paraíso"<sup>8</sup>. Palabras rituales y sagradas que eran utilizadas ideológicamente para legitimar los discursos y las prácticas de segregación y exclusión.

Al morir el leproso se ganaba "la sepultura maldita": abandono del cuerpo en los campos, sepultura solitaria en lugares desconocidos para la ciudad de los sanos, cuerpos cubiertos solamente por bloques de piedra. En lugar de tierra sagrada de cristianos, el lugar donde quedaban depositados sus restos simbolizaban "el vertedero" de lo inmundo y nefando, "el falso cementerio", como lugar donde se arrojaban los cuerpos de los malditos<sup>9</sup>.

**1.2.** Los tiempos de la persecución y el encierro. Si ciertos oficios considerados sospechosos, como el del carnicero, el del cirujano, el del comerciante o el del verdugo, o ciertos tabúes contra personas, como comerciar con judíos o extranjeros, dejan de poseer una carga de oprobio y estigmatización negativa en la Baja Edad Media, otros tipos de parias y excluidos sociales son perseguidos y encerrados en espacios físicos definidos. En los siglos XI y XII, bajo el impulso del orden feudal y el poderío de la Iglesia, se presenta una primera oleada de persecuciones contra los herejes, los judíos, los enfermos, los hechiceros, los sodomitas, los deformes, los extranjeros o los vagabundos. En "la familia cristiana" se encuentran todos los oficios y personas del mundo, con la excepción de la "familia del Mal y del Demonio", de la que empezaron a formar parte una nueva 'legión de malditos'. En los índices judiciales donde se establecen los crímenes de lesa majestad o los atentados contra Iglesia y la sociedad cristiana, aparecen los enemigos de la fe, como los herejes, los judíos y los leprosos<sup>10</sup>.

El espíritu de cruzada medieval no sólo tenía como objetivo salvar el santo sepulcro de manos de los infieles en Oriente, en la ciudad sagrada de Jerusalén; la mano justiciera de la Iglesia y la comunidad cristiana con su poder secular, también luchará

<sup>7</sup> Tomado de Michel Foucault, Historia de la locura en la época clásica. Tomo I, capítulo "Stultifera Navis". Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1994. Pág. 17.

<sup>8</sup> Ibid. Pág. 17.

<sup>9</sup> Ariès, Philippe. El hombre ante la muerte. Buenos Aires: Alfaguara, 1999. Págs. 44, 45, 46.

<sup>10</sup> Le Goff, Jacques. Los marginados en el Occidente medieval. En: Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval. Barcelona: Gedisa, 1991.

con su poder secular, también luchará contra los peligros en sus propios territorios, mediante el vilipendio de los acusados, la confesión por el uso de la tortura o la acusación de la "amalgama" que convertía al acusado en sospechoso de todos los delitos: rebelión contra el príncipe, impiedad, brujería, desenfreno y sodomía (considerado el vicio más abominable)<sup>11</sup>.

Los leprosos no sólo fueron segregados sino que, a partir del siglo XII, fueron perseguidos, como más tarde serán perseguidos los judíos, las brujas y los herejes. Acusados en Francia de una conspiración contra la cristiandad, los leprosos, como lo indica una crónica de la época, "fueron quemados... porque habían preparado venenos para matar a toda la población"<sup>12</sup>. Se les acusaba de verter polvos venenosos en las fuentes, ríos y pozos para transmitir la lepra a la población sana; luego de muerta la mayoría de la población, se apoderarían del campo y las ciudades. Algunos leprosos confesaron en las cámaras de tortura que el veneno que esparcían por todo el reino de Francia estaba hecho de orina, hierbas, hostias consagradas llenas de esputo, inmundicias y sangre humana, y que la conspiración era patrocinada con dinero judío y musulmán. Acusados de envenenamiento y sortilegios, un edicto del rey de Francia, Felipe V, declaró culpables a los leprosos de conspiración, lo que tuvo como efecto que éstos fueran perseguidos, confiscados sus bienes, encarcelados, torturados, excomulgados, reclusos o enviados a la hoguera. Por primera vez en la historia de Europa, dice Carlo Ginzburg en *Historia nocturna*, se realiza un programa de reclusión tan masivo como el de los leprosos, que luego se extenderá a locos, sífilíticos, criminales, pobres, apestados o judíos. Programa que se sirvió de la conspiración para controlar y reorganizar la inmensa fortuna de las leproserías.

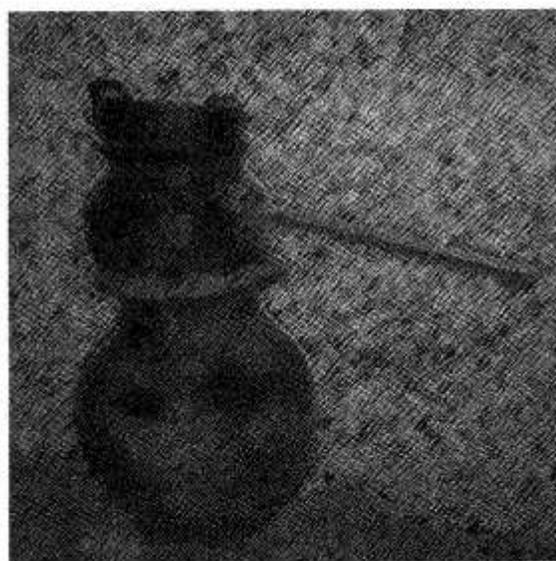
Los leprosos considerados inocentes de la conspiración, a partir de entonces, fueron reclusos en lazaretos a perpetuidad y sin derecho a salir a las calles o a los bosques, mientras que otros merecieron la deportación, o la marca del hierro hirviendo en el cuello o en el rostro; y para que no se reprodujeran de manera abominable, fueron separados hombres y mujeres en sus lugares de reclusión. Los culpables confesos fueron quemados en sus propias casas, junto con ganado y muebles. Si alguna mujer estaba en embarazo, permanecía separada hasta el parto y el destete del niño, y luego era castigada mediante el fuego en lugar público.

En el siglo XIV muchas ciudades medievales llevaron a cabo procesiones solemnes como acción de gracias por la liberación del azote de la lepra. En toda la cristiandad medieval existían 19 mil leproserías; para un millón y medio de habitantes ingleses y escoceses existían 220 leproserías; en la provincia de París existían 43 leproserías. Entrada la época moderna, las leproserías se quedan vacías. Ya en el siglo XV, era difícil que una ciudad o un hospital tuviera un leproso entre sus habitantes o enfermos. Las leproserías son abandonadas o pasan a cumplir las funciones de un hospital dedicado a otras enfermedades, como la sífilis, la peste, la locura o los soldados escaldados en las guerras<sup>13</sup>.

11 Le Goff, Jacques. La civilización del Occidente medieval. Barcelona: Paidós, 1999. Pág. 286.

12 Ginzburg, Carlo. Historia nocturna. Las raíces antropológicas del relato. Barcelona: Península, 2003. Pág. 75.

13 Foucault, Michel. Historia de la locura en la época clásica. Tomo I, capítulo "Sutáfera Navis". Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1994.



## 2. La peste

Luego de su interrupción en el siglo XI, la peste vuelve a aparecer con virulencia en 1348 en la historia de Occidente. Su presencia se acompañó de tiempos de carestía, hambrunas y guerras, como lo recuerda un teólogo y profesor de la Universidad de París, Jean de Venette:

"En el año del Señor 1348, el pueblo de Francia y de casi todo el mundo fue atacado por un golpe distinto de la guerra. Pues, además del hambre... y de las guerras... la pestilencia y sus tribulaciones acompañantes volvieron a aparecer en varias partes del mundo... Todo este año y el siguiente, la mortandad de hombres y mujeres, de los jóvenes aún más que de los viejos... fue tan grande que era imposible enterrar a los muertos... Muchas aldeas y muchas casas de grandes ciudades quedaron vacías y desiertas. Muchas casas, incluyendo algunas espléndidas moradas, pronto cayeron en ruinas"<sup>14</sup>.

Mortandad, ruina y traumatismos en la vida social fueron signos inquietantes que fueron interpretados como el anuncio de los nuevos tiempos de tribulación y privación: menos bocas para alimentar, menos brazos para trabajar, menos almas para salvar. Las epidemias y "sus tribulaciones acompañantes", como las carestías, las hambrunas y las guerras, tuvieron efectos contradictorios en el tejido social: la irrupción de movimientos milenaristas de gran intensidad espiritual que empiezan a recorrer las calles de las ciudades, como el movimiento de los flagelantes en Alemania; el surgimiento de una atmósfera de histerismo y relajación extrema de las costumbres ante la incertidumbre e inestabilidad de la vida que termina en degradación social y moral; la emergencia de una necesidad imperiosa de huir en busca de nuevas tierras por miedo al contagio; ante la enormidad de las catástrofes,

se consolidan creencias fatalistas de la vida y lo divino, como la idea de la predestinación o la idea de un dios colérico, vengativo y justiciero; la aparición de estados de ansiedad que dan lugar a purgas y persecuciones sociales contra judíos, moriscos o extranjeros<sup>15</sup>.

Comparable a una plaga como la que se describe en la tradición verotestamentaria, o a un jinete del Apocalipsis que anuncia el fin de los tiempos, o a una lluvia de flechas envenenadas contra la humanidad pecadora, la peste era la imagen del triunfo de la muerte y el advenimiento del final de los tiempos. Un cronista, Agnolo di Turra, luego de narrar "la horrible verdad" de crueldad y dolor que dejó la pestilencia en Siena, donde tuvo que enterrar cinco hijos con sus propias manos, dice: "Y así tantos murieron que todos creyeron que aquél era el fin del mundo"<sup>16</sup>. Al milenarismo de finales de la Edad Media se entreteje el terror sagrado hacia la peste, como triunfo del Mal y la Muerte, que detiene la energía y el fluir de la vida, como lo recuerda un religioso portugués del siglo XVII:

"La peste es sin duda alguna, entre todas las calamidades de esta vida, la más cruel y verdaderamente la más atroz. Con gran razón se la llama Mal por antonomasia. Porque no hay en tierra mal alguno que sea comparable y semejante a la peste... Todo queda reducido a extrema confusión. Todo es ruina. Porque todo es alcanzado y derribado por el peso y la enormidad de una calamidad tan horrible"<sup>17</sup>.

El incendio pestilencial en una ciudad evocaba las imágenes teratológicas que las muchedumbres habían contemplado con expectación y temor en las iglesias y las catedrales; el paso de la peste por una ciudad era vivido como si el infierno o el purgatorio hubieran abierto sus puertas por unos días, semanas o meses, como señal de castigo. En el *Decamerón*, Giovanni Boccaccio evoca las escenas de pesadilla que fue dejando la peste en la ciudad de Florencia en 1348:

"Y bastantes fueron los que, tanto de día como de noche, murieron por las calles, sin que de sus vecinos ni de otros fuese sabida su muerte, salvo por lo que el olor de los cadáveres daba de ello noticia. Y de estos tales que así morían, poco menos que toda la ciudad andaba

*llena. Y sus vecinos, no tanto por caridad*

<sup>14</sup> Gottfried, Robert S. La muerte Negra. Desastres naturales y humanos en la Europa medieval. México: F.C.E., 1989. Págs. 124, 125.

<sup>15</sup> Romano, Ruggiero; Tenenti, Alberto. Los fundamentos del mundo moderno. Madrid: Siglo Veintiuno, 1999. Págs. 3-39.

<sup>16</sup> Gottfried, Robert S. Op. Cit. Pág. 105.

<sup>17</sup> Delumeau, Jean. El miedo en Occidente. Madrid: Taurus, 2002. Pág. 178.

llena. Y sus vecinos, no tanto por caridad como por miedo a la corrupción de los cuerpos, con ayuda de algunos que podían allegar, los tomaban y ponían a las puertas de sus propias casas, y allí, especialmente por la mañana, cualquiera podía ver tantos cuerpos, que su número era incontable; y trayendo andas, en que los ponían, hacíanlos llevar a la iglesia más cercana. Y tales hubo que por falta de andas los ponían en una tabla, y así los llevaban; y no sólo uno en cada anda o tabla, sino la madre y tres hijos, cuatro a la vez, y el marido y la mujer con sus hijos, e infinitas veces aconteció que a un clérigo con cruz alzada le siguiesen cuatro o cinco andas de finados; y cuando el religioso se disponía a enterrar a un muerto, hallaba a lo menos siete u ocho cadáveres. Y en todo esto no se oía una lágrima, ni un lamento, ni una campana, ni se veía lumbre de cirio, antes ello había acontecido con tanta desesperación y aborrecimiento, que no se preocupaban ni se dolían de lo muertos, que si fuesen cabras u otros animales... Ante la multitud de cuerpos ... no bastando la tierra sagrada para dar sepultura a los que morían... en los cementerios de las iglesias hacíanse abrir grandes fosas, y allí se les enterraba a centenares.. en las aldeas esparcidas por la campiña, los pobres labradores y sus mujeres e hijos, sin ayuda ni consuelo alguno de médicos ni de servidores, por los campos y caminos, y en sus casas, tanto de noche como de día, no como hombres, sino como bestias eran hallados muertos"<sup>18</sup>.

Con las imágenes pestilenciales venían las imágenes de las tribulaciones de las grandes hambrunas y carestías que obligaban a la población más pobre a sobrevivir comiendo gatos, perros y mugre. Escribe un cronista francés en 1316:

"Vimos un gran número de personas de uno y otro sexo, no sólo de lugares cercanos sino hasta de cinco leguas a la redonda, descalzas

y algunas, salvo las mujeres, en estado de completa desnudez, junto con sus sacerdotes, acudir en procesión a la Iglesia de los Santos Mártires; sus huesos destacaban y devotamente llevaban cuerpos de santos y otras reliquias para adornarlas, con la esperanza de obtener alivio"<sup>19</sup>.

La Gran Peste o Muerte Negra llega a mediados de 1330 a Constantinopla y Génova, las puertas comerciales del mundo occidental, y muy pronto, reduce a toda la población europea en menos de diez años entre un 25 y un 45%, según ciudades y regiones. La crisis vivida por la peste y sus travesías de llegada a las tierras del Occidente cristiano, es recordada por un cronista florentino de apellido Villani, quien también fue víctima de la enfermedad:

"Habiendo cobrado vigor en Turquía y Grecia y habiéndose difundido de allí por todo el Levante y Mesopotamia y Siria y Caldea y Chipre y Rodas y todas las islas del archipiélago griego, dicha pestilencia saltó a Sicilia, Cerdeña y Elba y de allí llegó pronto a todas las costas del continente. Y de ocho galeras genovesas que habían ido al mar Negro sólo cuatro retornaron, llenas de marineros infectados, que cayeron uno tras otro en el viaje de regreso. Y todos los que llegaron a Génova murieron, y corrompieron el aire en tal medida que todo el que se acercó a los cuerpos murió después... Y el sacerdote que confesó a los enfermos y quienes los atendieron tan generalmente se contagiaron de la infección que las víctimas fueron abandonadas y privadas de confesión, sacramentos, medicina y atención. Y muchas tierras y ciudades quedaron desoladas"<sup>20</sup>.

Después del siglo XIV, en plena era de descubrimientos y renacimiento, la peste apareció de manera periódica pero persistente. Las fechas de su aparición en el siglo XIV son 1348, 1363, 1374, 1383, 1389; en el siglo XV, la peste apareció en 1455, 1466, 1479, 1483, 1494. Entre los siglos XV y XVI, la peste apareció cada ocho años dejando en la población de Europa una atmósfera de miedo y terror. Miedo de contraer una enfermedad que resultaba mortífera y dolorosa, y que por esos motivos fue llamada "la muerte súbita". El nombre de "peste" en la mentalidad medieval encerraba varias enfermedades como la fiebre miliar, el tífus, la viruela, la gripe pulmonar

<sup>18</sup> Boccaccio, Giovanni, *Decamerón*. Barcelona: Nauta, 1968. Pág. 30.

<sup>19</sup> Gottfried, Robert S. *Op. Cit.* Págs. 73, 75.

<sup>20</sup> Gottfried, Robert S. *Ibid.* Págs. 119-120.

o la disentería. La peste de 1348 fue la Peste Negra, o peste bubónica. Sus síntomas eran fiebres altas, lengua tumefacta, delirio, vómito, dolores de cabeza, hemorragias de la piel, bubones en las ingles y axilas, lo que terminaba en una muerte rápida y fulminante que parecía burlarse de remedios y médicos.

En tiempos pestilenciales surgía un miedo a los otros, porque se tenía la creencia que había una relación entre podredumbre, hedor, miasma y pestilencia. El miedo se extendía a las deyecciones de los enfermos, a los vapores malignos que salían de los cuerpos en descomposición, a ciertos animales considerados transmisores o altamente contaminantes, como el cerdo, el buey o la rata. Y las medidas de prevención e higiene se dirigían a mantener a distancia los posibles focos de hedores y miasmas para que no se corrompiera el aire, mediante mejoras en el sistema de alcantarillado, limpieza de calles de los excrementos humanos y animales, retiro de desechos de carnicerías y curtiembres fuera de los muros de la ciudad, cuidado de las tumbas de los cementerios, uso de sahumeros y fogatas en las esquinas de la ciudad. Un comunicado de la institución dedicada a la sanidad en la ciudad de Florencia en 1622, decía:

"...con el fin de evitar a todos los desórdenes en tiempos tan peligrosos... ordenamos... se mandara que todas las basuras y suciedades se hicieran llevar fuera de las ciudades, tierras y castelli del territorio y que en las casas se mantuviera la mayor limpieza posible, y que si hubiera pozos negros llenos se hicieran vaciar, así como que cualquier otra cosa que con el hedor pudiera acarrear perjuicio se hiciera arreglar, y se tuviese cuidado con lo tocante a las alcantarillas y aguas estancadas que estuvieran cerradas, no fuera que con las malas exhalaciones pudieran perjudicar a la sanidad..."<sup>21</sup>.

Son "tiempos peligrosos" por la inminencia de la peste que dormía sobre las inmundicias y que, con los rayos del sol, especialmente en verano, podía despertar corrompiendo el aire con sus exhalaciones. Por eso era necesario limpiar, vaciar y expulsar los focos de hedores y miasmas para alejar la enfermedad; y en caso de contagio, las personas eran sometidas a sangrías, vomitivos y purgas, y las poblaciones infectadas debían guardar una rigurosa cuarentena.

Pero no sólo se expulsaron o se vaciaron las ciudades de basuras y porquerías, sino también de personas que se creía tenían el cuerpo y el alma llenos de inmundicia y miasmas. Cuando la peste asumía formas crónicas el miedo se extendía a la presencia del otro, los que se encontraban al margen, como los propios enfermos, los extranjeros, los gitanos, los judíos, los protestantes o los católicos. Así describe Giovanni Boccaccio en el Decamerón, el terror causado por el contacto y la presencia de los otros:

"Ocioso sería decir que un ciudadano no se preocupaba del otro, y que casi ningún vecino cuidaba de su vecino, y que los mismos familiares, pertenecientes a una misma sangre, muy pocas veces, o ninguna, se visitaban; tan grande sería el espanto que esta gran tribulación puso en las entrañas de los hombres, que el hermano desamparaba al hermano, y el tío al sobrino, y la hermana a su hermano querido, y aun la mujer al marido; y lo que era más grave, y resulta casi increíble, que el padre y la madre huían de los hijos tocados de aquella dolencia"<sup>22</sup>.

Una crónica italiana durante la peste de 1630, también describe el estado de ansiedad y miedo al contacto:

"Mientras los montones de cadáveres, siempre apilados delante de los ojos, siempre junto al paso de los vivos, hacían de la ciudad entera una vasta tumba, había algo más funesto y más terrible todavía: era la desconfianza recíproca, la monstruosidad de las sospechas... No se sentían suspicaces de su vecino, de su amigo, de su huésped solamente: esos dulces nombres, esos tiernos vínculos de esposo, de padre, de hijo, de hermano, eran objeto de terror; y, cosa horrible e indigna de

*decir, la mesa doméstica, el lecho nupcial*

<sup>21</sup> Cipolla, Carlo M. *Contra un enemigo mortal e invisible*. Barcelona: Crítica, 1993. Pág. 24.

<sup>22</sup> Boccaccio, Giovanni. *Op. Cit.* Pág. 29.

decir, la mesa doméstica, el lecho nupcial eran temidos como trampas, como lugares donde se escondía el veneno"<sup>23</sup>.

Bajo las condiciones más extremas de la enfermedad se iniciaba un proceso de acusación hacia los culpables. Como las interpretaciones acerca de los orígenes de la peste asumían formas de fanatismo religioso, la persecución de los culpables, su estigmatización y castigo, tenían las características de una ceremonia de purificación y expiación de los pecados. Los chivos expiatorios, culpables de las nubes pestilenciales, fueron severamente perseguidos, como fue el caso de los judíos en las ciudades alemanas, francesas y españolas, según lo describe un cronista del siglo XIV:

"... los judíos fueron súbita y violentamente acusados de infectar los pozos y el agua y de comomper el aire. Todo el mundo se levantó cruelmente contra ellos. En Alemania, fueron asesinados y destrozados por cristianos, y muchos miles fueron quemados por doquier; indiscriminadamente. La inquebrantable si bien vana constancia de los hombres y de sus mujeres [de los judíos]... fue notable. Pues las madres antes arrojaban a sus hijos al fuego que dejarse bautizar, y saltaban tras ellos para arder con sus maridos y sus hijos. Se dice que fueron quemados muchos malos cristianos que, como aquéllos, habían echado veneno en los pozos"<sup>24</sup>.

Los judíos no sólo por su asociación con una enfermedad fueran tratados como animales y bestias; la acusación ideológica se fundaba también en el hecho imborrable de que los judíos eran considerados el pueblo deicida. Como el leproso, el judío arrastraba una marca infamante pero de origen religioso que se heredaba de generación en generación hasta "el final de los tiempos"; sólo en el día del Juicio Final, el judío, purificaría el estigma de su alma. Mientras sucedía ese acontecimiento escatológico, el judío era tratado como "el

canibal" o "el cerdo": enemigo de la comunidad cristiana, desconocedor de la compasión y la caridad, bestia y azote para su prójimo.

La crisis del orden feudal en el siglo XIV que coincidió con la irrupción de las nubes pestilenciales se explicó moralmente: la peste se debía a la epidemia moral. El cuerpo del judío, como el del leproso, tuvo la imagen del cuerpo corrupto por excelencia: sífilis, lepra o peste, se ocultaban en ese cuerpo que no debía ser tocado. Era un pueblo sucio, impío e impuro que cultivaba fácilmente las enfermedades. Y para que la sociedad normal y sana no sufriera las "infecciones" de los judíos, se les persiguió o segregó en guetos, como sucedió en la ciudad de Venecia, una de las capitales del mundo Occidental y la capital del Renacimiento italiano. El gueto fue uno de los espacios urbanos especializados de exclusión cuyo plan era segregar a los judíos:

"enviarlos a todos a vivir al Ghetto Nuovo, que es como un castillo, y colocar puentes levadizos y cerrarlo con un muro; tendrán sólo una puerta, que los encerrará allí y no podrán salir; dos barcos del Consejo ... irán y permanecerán allí por la noche... para su mayor seguridad"<sup>25</sup>.

Esta propuesta de un político veneciano fue llevada a cabo en 1515. Se obligó a los judíos a tomar las casas en arrendamiento en este barrio, dada la prohibición que tenían de ser poseedores de tierras e inmuebles. Los muros exteriores de las casas fueron sellados y los balcones retirados; el suelo estaba sin pavimentar y lleno de hierba y barro; la densidad de población era el tiple comparada con otros barrios de Venecia. En 1629 una gran epidemia azota a la ciudad, lo que provoca que las leyes sobre los guetos judíos se hicieran más severas. Además de ciertas prohibiciones como salir durante las noches o utilizar un pañuelo amarillo, como las prostitutas, a los judíos se les negó salir de los límites del gueto durante la duración de la peste, convirtiéndolos en una población vulnerable a la enfermedad y en una fuente de sospechas. Cuerpo corrupto y también cuerpo de ocultación y misterio, el judío fue objeto de fantasías por parte de la comunidad fanática cristiana que suponía que tras los muros del gueto sucedía una vida llena de crímenes, depravación e idolatría. Acusados

23 Tomado de Delumeau, Jean. Op.Cit. pág. 180.

24 Gottfried, Robert S. Op. Cit. Pág. 156.

25 Tomado de Richard Sennet. Carne y piedra. Madrid: Alianza, 1997. Pág. 252.

de robos, secuestro de niños cristianos, orgías, contaminación y contagio de enfermedades como la peste, en 1636 una multitud de fanáticos irrumpe en el barrio, incendiando las sinagogas, libros y edificios, y matando a los judíos como animales. Con esta incursión cristiana en el gueto judío, se inicia la historia de los progromos en la historia moderna de Occidente.

### 3. Noticias de la fundación de Bogotá

Sergio Buarque de Holanda en *Visión del paraíso* y Alfonso Reyes en *La última Tule*, nos ofrecen una serie de motivos fabulosos y utópicos que originaron los viajes de los conquistadores españoles y portugueses en tierras americanas. También hay motivos económicos en la búsqueda de nuevos territorios: las joyas y el oro, o la posesión de tierra y mano de obra.

En la fundación de Bogotá y en la conquista de las tierras de los moscas, como llamaron los españoles a los pobladores de las zonas andinas, hay un motivo que recuerda Fray Pedro Simón en *Noticias historiales de las conquistas de tierra firme de las Indias Occidentales*. En la primera noticia de la parte segunda, comenta lo siguiente:

"Una de las ciudades más combatidas de desgracias que hallo en las historias de las Indias, me ha parecido siempre la de Santa Marta, que parece que, como es una de las puertas por donde se entra en la Tierra Firme, se registran en ella como en aduana los desgraciados sucesos que están repartidos por las ciudades de adentro, pues ni en ella han faltado muertes violentas de sus gobernadores, como hemos dicho del gobernador Bastidas; incendios tras cada paso; robos de corsarios, piratas; alzamientos ordinarios de sus naturales indios; hambres irreparables con enfermedades de pestilencias y contagios, como ahora en esta

ocasión (...) las había de unas calenturas tan pestilentes, que con mucha brevedad despachaba a los heridos, y éstos eran tan a montones, que para abreviar los oficios acontecía echar quince y veinte en un hoyo; de manera que no se tañían las campanas por ninguno que se moría, ya porque si se hubieran de tañer a todos fuera menester que nunca cesaran, y ya porque el clamor de ellas no desmayase a los demás y desfalleciesen viendo las fuerzas que todavía tenía la enfermedad"<sup>26</sup>.

La constelación pestilencial con su secuela de hambre, guerra y carestías, que sumió a Europa en una gran depresión demográfica y económica, así como en una situación de desorganización política y económica, se convirtió en uno de los motivos de conquista y descubrimiento de nuevas tierras. Ante el triunfo de la Muerte, la mentalidad europea se refugió en la mentalidad utópica que soñaba con el Paraíso terrenal que le daría albergue a una humanidad abrumada por tiempos de tribulación y privación. ¿Acaso el relato bíblico no promete la tierra prometida al pueblo cristiano después de los tiempos de las plagas y las pestes?

Como lo señala Fray Pedro Simón, la ciudad de Santa Marta es una ciudad señalada por el infortunio. Como 'la puerta' de Tierra Firme y bisagra que da entrada al mar tenebroso y oscuro, la ciudad es vulnerable y víctima del fuego, de la guerra de botín y de la peste. En los barcos no sólo llegaban las mercaderías sino que de manera oculta y silenciosa venía la invasión de las fiebres pestilenciales en los pliegues y en las secreciones de los cuerpos de hombres y mujeres, en la carne de animales domésticos como los cerdos, o en las pulgas de las ratas. Y con las enfermedades pestilenciales aparecen las carestías, las hambrunas y la guerra por el escaso botín, el oro o el alimento.

Los tiempos de la peste se viven como tiempos de transformación y cataclismo en el tejido social. Aparecen tendencias milenaristas de gran intensidad espiritual, acompañadas de conversiones religiosas de muchedumbres en iglesias y calles; el estado de ansiedad da lugar a una época persecuciones en contra del otro (el judío, el morisco, el extranjero); con la xenofobia, vienen los odios religiosos, de clase, o de género, o surge

*la imperiosa necesidad de huir*

<sup>26</sup> Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, Tomo II, Bogotá: Banco Popular, 1981, Pág. 79.

la imperiosa necesidad de huir en busca de nuevas tierras por miedo al contagio.

Las expediciones a Tierra Firme por el río Magdalena, tienen ese propósito de huida y salvaguarda de la ciudad. Antes de la expedición del licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, el gobernador de Santa Marta, Pedro Fernández de Lugo, había organizado otras incursiones por el Río Grande de la Magdalena, motivado por el afán de descubrimiento de otras tierras en busca de oro pero también por la situación pestilencial de la ciudad. Ante la inminencia de las calamidades, como el hambre, la peste y los motines, y antes "que les cogiese la muerte allí a todos", como dice Fray Pedro Simón, se tomó la determinación de hacer las primeras incursiones a tierra Firme, que sólo llegaron a la provincia de Tairona, en las estribaciones de la Sierra Nevada.

Sin remedios ni curas, como lo comenta Fray Pedro Simón, en una situación de hambre por las despensas vacías, de destemplanza por los calores insoportables del año, de angustia por el temor a los contagios, de estrechez dadas las condiciones de la ciudad, se toma la decisión de organizar algunos viajes como una forma de salvaguardar la ciudad de la violencia de los hombres. Hombres que habían huido de Europa en busca de tierras, se encontraron de nuevo en la situación precaria y miserable de sus lugares de origen pero un territorio más hostil.

Ante la inminencia de una muerte en medio de vómitos, convulsiones o visiones de pesadilla y no de paraísos, los hombres se alistaron en el viaje por el Río Grande de la Magdalena; en lugar de esperar una muerte para ser arrojados como animales o basura en un hoyo con cal o sal que servía de sepultura, los hombres decidieron descender por las aguas desconocidas del Río. Como dice Fray Pedro Simón, la expedición tuvo las características de la fuga para huir del hambre y "los aires

contagiosos", "para librar la vida de entre tantas muertes".

Con el viaje la ciudad encontraba cura y remedio al librarse de ochocientos hombres febriles, angustiados, desesperanzados y violentos que, en un momento de ira, podían incendiar, saquear, matar o violar; el viaje era para los hombres alistados el remedio para librarse de una ciudad maldita, sin fortuna, traicionera, llena de aires infectos. En lugar de las tierras del Paraíso, la ciudad de Santa Marta se convirtió en una puerta pestilencial que parecía dar al infierno o al purgatorio. Por la puerta de la ciudad se expulsaron en navíos las malas influencias, como la peste; y era posible que los hombres regresaran a la ciudad purificados de su viaje por agua, trayendo buenas noticias.

Ante la presencia de los miasmas en la ciudad de Santa Marta, el barco no sólo aparece como símbolo de viaje o travesía, sino como medio de expulsión ritual de demonios y enfermedades. El viaje es el acontecimiento milagroso que permite que los hombres, con cada día de travesía en su barca, alejen los gérmenes pestilenciales de las puertas de la ciudad; en los días, meses o años de expedición, los miasmas no sólo quedarán a una distancia sagrada de los límites de la ciudad, sino que las aguas del Río, infecundas, oscuras, desconocidas pero también propicias, purificarán los pliegues del cuerpo y del alma de los hombres en sus bergantines.

La ciudad sanará de las pestilencias mientras los hombres en sus bergantines encontrarán su destino y verdad, como prisioneros de su viaje. Sólo quedarán unos pocos hombres que conocerán el Paraíso terrenal en los territorios de los moscas, ricos en tierras, oro, mantas y sal; otros, la gran mayoría, serán tragados por el Río. Su viaje, en ese sentido, tendrá el carácter irreversible de ser el último hacia el otro mundo.

Ante la opción de expediciones hacia el Cabo de la Vela, el lago de Maracaibo, o la provincia de Cartagena, se tomó la decisión de ir en busca del nacimiento del Gran Río. Y eso era lo que buscaba la expedición de hombres que huían de la ciudad pestilencial: su propio nacimiento y el de la ciudad que abandonaban. *Cirafía*

## Bibliografía

- Ariés, Philippe. *El hombre ante la muerte*. Buenos Aires: Alfaguara, 1999.
- Boccaccio, Giovanni. *Decamerón*. Barcelona: Nauta, 1968.
- Cipolla, Carlo M. *Contra un enemigo mortal e invisible*. Barcelona: Crítica, 1993.
- Delumeau, Jean. *El miedo en Occidente*. Madrid: Taurus, 2002.
- Foucault, Michel. *Historia de la locura en la época clásica*. Tomo I, capítulo "Stultifera Navis". Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Fray Pedro Simón, Noticias *Historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Tomo III. Bogotá: Banco Popular, 1981.
- Fumagalli, Vito. *Cuando el cielo se oscurece. La vida en la Edad Media*. Capítulo La belleza del cuerpo. Madrid: Nerea, 1998.
- -----, *Solitud carnis. El cuerpo en la Edad Media*. Madrid: Nerea, 1990.
- Ginzburg, Carlo. *Historia nocturna. Las raíces antropológicas del relato*. Barcelona: Península, 2003.
- Gottfried, Robert S. *La muerte Negra. Desastres naturales y humanos en la Europa medieval*. México: F.C.E., 1989.
- Le Goff, Jacques. *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*. Capítulo III, Algunas observaciones sobre cuerpo e ideología en el Occidente medieval. Barcelona: Gedisa, 1991.
- -----, *La civilización del Occidente medieval*. Barcelona: Paidós, 1999.
- Obregón Torres, Diana. *Batallas contra la lepra: Estado, Medicina y Ciencia en Colombia*. Medellín: Eafit y Banco de la República, 2002.
- Romano, Ruggiero; Tenenti, Alberto. *Los fundamentos del mundo moderno*. Madrid: Siglo Veintiuno, 1999.
- Sennet, Richard. *Carne y piedra*. Capítulo siete, El miedo a tocar. Madrid: Alianza, 1997.
- Sontag, Susan. *La enfermedad y sus metáforas*. Barcelona: Muchnik, 1983.

